

RELATO CORTO

TÍTULO : Al fondo del pasillo

TEXTO RELATO:

Decían que aquella unidad era “el rincón de lo que nadie quiere”. Lo repetían con la naturalidad de quien ya ha perdido la capacidad de sorprenderse: *los peores materiales, los pacientes más complejos, las familias más difíciles, el personal más eventual*. Cada turno traía su recordatorio. Bastaba un ingreso complicado, un paciente sin familia o un turno sin cubrir para que alguien murmurara, casi como un mantra: *“Claro, aquí siempre lo peor.”*

Y luego estaba el pasillo. Largo, interminable, como si alguien lo hubiera diseñado para que el desaliento tuviera tiempo de madurar. Al fondo, el almacén: grande, frío, silencioso. Tan lejos que parecía confirmar la teoría de todos: *“Hasta el almacén lo tenemos peor que nadie.”*

Pero un día, sin saber muy bien por qué, empecé a mirar ese pasillo de otra manera. No podía acortarlo, no podía cambiar la ubicación del almacén... pero quizá sí podía cambiar lo que significaba. Quizá el problema no era la distancia, sino la historia que nos contábamos sobre ella. Quizá dirigir la mirada a otro fin, aparcando a un lado la adversidad.

Así que lancé una pregunta, casi al aire, casi como quien no espera respuesta:

—¿Tú qué harías con el almacén?

La pregunta viajó de un turno a otro, de un profesional a otro, como una chispa que encuentra madera seca. Y, de pronto, empezaron a aparecer ideas. Primero tímidas, luego más valientes. Como si todos llevaran tiempo esperando que alguien abriera una rendija para dejar pasar un poco de luz. En pocos días, el equipo —ese equipo que siempre se veía a sí mismo como “lo peor”— empezó a comportarse como una familia que comparte un mismo techo. Hablaban entre ellos con una complicidad nueva, como si de pronto se hubieran descubierto. Y la idea tomó forma: **convertir el almacén en una sala de descanso y entretenimiento para pacientes y familias.**

No era un sueño vago. En dos turnos ya habían reorganizado el material, optimizado el espacio, hecho un listado de lo que no hacía falta y ajustado cantidades. La propuesta era tan lógica, tan necesaria, que casi se defendía sola.

Y entonces ocurrió algo inesperado: el proyecto se convirtió en conversación diaria.

—¿Ponemos música?

—¿Y si traemos libros?

—¿Un parchís?

—¿Pesas?

—¿Un taller de pintura?

Antes de mover un solo papel para la autorización, ya teníamos cajas de libros, un ajedrez, pelotas antiestrés. Los ingresos seguían siendo igual de complejos, las familias igual de escasas, los turnos igual de difíciles... pero el ambiente había cambiado. Ya no olía a resignación. Había un perfume nuevo: **el de la ilusión compartida.**

El equipo se hizo más grande, más fuerte, más consciente de su valor. Y, con el paciente en el centro, empezamos a trabajar de verdad el diagnóstico 00054: *Riesgo de soledad*. Porque también en el hospital adulto hace falta un lugar donde respirar, donde distraerse, donde sentirse acompañado.

Así nació, al fondo del pasillo, el aula **Respira.**

Y, desde entonces, el pasillo dejó de ser largo.

Y nosotros dejamos de ser “los peores”.

Éramos un equipo que había encontrado su propia historia, de esas que llevas en el recuerdo.